



LOS BARQUILLOS.

MAS ligeros no pueden ser: se componen de harina ligeramente azucarada y están tostados á propósito para que sean ligeros y frágiles como muchas señoras, y se deshagan pronto como muchas de nuestras mejores materiales. De manera que su ligereza no le va en zaga á la de mis artículos como materia de uno de ellos. Pero no escribiría ni una linea respecto á los barquillos, tan ligeros y todo como son, y tan apropiados

á mis propósitos un tanto cuanto moralizadores, si no encerraran, como encierran positivamente, un asunto trascendental.

Vean ustedes qué empeño el mío éste de buscar á las cosas mas sencillas la consabida cuestión trascendental; pero manía ó tendencia, cabilosidad ó suspicacia, el hecho es que me salgo con la mía y sin mucho trabajo encuentro que los «cacahuates» y los barquillos y los «faroles» y otra porción de objetos y productos aparentemente vacíos, encierran asuntos de importancia y dignos, por lo mismo, de tomarse en seria consideración, como decía un diputado sabio de otros tiempos.

Los barquillos me obligan siempre á pensar en el incremento que ha llegado á tomar en México el vicio del juego; y por más que parezca á primera vista que mi imaginación en ese caso da un salto mas atrevido que los de los hermanos Lewington, no hay, sin embargo, dos ideas que estén mas cerca la una de la otra, que sean mas coetáneas y que estén mas íntimamen-

te enlazadas en la incontrovertible lógica de los hechos.

Ya hemos convenido, mis lectores y yo, en otra ocasión, en que el hombre es animal esencialmente educable, y que en consecuencia, tienen la facultad de imprimirle carácter los juguetes mas insignificantes. Eso que las gentes llaman vocación y que se caracteriza por una tendencia manifiesta en los primeros años, nace entre los juguetes del niño, versatil por naturaleza, frívolo por temperamento, y en quien la facultad de concentrarse, que es una de las mas difíciles hasta en los adultos, lo obliga á la veleidad que es su estado habitual. Pero si el niño tuvo un papá muy rico y un tío canónigo que le compraron una capilla con sus santos de barro y sus velas de cera que arden y alumbran; y si otra tía, monja, le hizo unos ornamentitos muy curiosos para vestir á los padrecitos de la capilla, y la mamá le enseñó la colocación de los padrecitos en el altar y en el púlpito, y las hermanas hicieron unos acólitos primo-

rosos con su cruz y sus ciriales, y si para que el niño se divirtiera llegaron entre el canónigo y la familia á volver un asunto sério, de que se ocupaban todos, la diversión de la capilla del niño, que, según expresión de las viejas devotas, no había ojos con que verla, es seguro que el niño mimado, favorecido por toda la familia, llegó á cierto grado de concentración en el negocio de su capilla, concentración que destruyó la volubilidad y la ligereza de su carácter; que del juego de pura imaginación pasó á la idea, y de la idea al sentimiento, que es la vocación, y de allí derecho á la iglesia grande, como su tío el canónigo.

Desde las leyes de reforma las capillitas hechas en cajón de vino empezaron á caer en desuso, declaradas juguetes propios de los mochos, y los niños juegan mas bien á los soldados para entrar después al Colegio Militar.

Sucede pues, en la mayoría de los casos, que los juegos y las impresiones de la niñez, preparan al menos, si no forman del todo,

las inclinaciones y costumbres del adulto; y si, con una mirada retrospectiva y escudriñadora, hemos de darnos cuenta del incremento creciente que la pasión del juego adquiere en México, y hemos de buscar las causas morales que producen ese vicio, encontraremos que á la falta de principios económicos, al desconocimiento del valor del dinero, á que la prodigalidad mal entendida del padre acostumbra al niño, debemos agregar la funesta é inmoral manera de vender barquillos.

Pasean por los alrededores del zócalo todas las tardes, y por el atrio de Catedral, algunos vagabundos, entre los cuales se hace notable un hombre gordo, mofletudo, no tan desarrapado como la plebe, sinó vestido de manera que hace sospechar que el inmoral oficio de vender barquillos, despertando en los niños la afición á los juegos de azar, es provechoso. Carga el tal, un cilindro de metal repleto de barquillos, y la tapa superior de ese cilindro es una pequeña roleta con una aguja giratoria, que al recobrar su

quietud apunta el número de barquillos que dará por un centavo. Este vendedor ambulante es un aborto del carcamán; mas odioso que el que en las ferias del pueblo explota á los palurdos y á los zagales; este carcamanero explota la inocencia de los niños, ya no sólo en el sentido de hacer parar la aguja en los números bajos, sino en el de engendrar en los candorosos «marchantitos» esa curiosidad, esa tentación y esa avaricia que constituyen el instinto del jugador.

Para muchos papás no pasarán ese gordo y sus congéneres de ser unos vendedores ingeniosos; otros creen que esto de las roletitas es un adelanto de la civilización, y con la mejor intención del mundo, y rebozando amor por todos sus poros, se regodean contemplando al hijo querido acercarse al hombre gordo, entregarle su centavo, fijar su vista inquieta en el girar de la aguja, al principio invisible y luego describiendo un círculo de rayos; después girando como cansada pero pasando sucesivamente del 1 hasta el 24, donde si se parara, cuánto

placer causaría en el niño afortunado que logra tener dos docenas de barquillos por un centavo, ¡qué lotería! qué felicidad! Pero la aguja se para generalmente, como la de todos los carcamaneros, en el número 1, en el 3, ó cuando más en el 5, excepto cuando, siendo muchos los pequeños «apuntes», quiere decir los niños jugadores, las larvas del tahir, conviene hacer patente el gran premio.

Los jugadorcitos á quienes toca uno ó dos barquillos sienten la contrariedad del «punto», que pierde, á la vez que el apetito de golosinas paladeado y no satisfecho: en tal situación recurren de nuevo al papá, que tiene en ese momento la gran virtud, el gran atractivo, el gran poder de aprontar otro centavo. Si el papá no lo tuviera, vería al niño jugador negarle sus caricias, volviéndose un pequeño tirano; pero los papás tienen centavos, muy especialmente para obsequiar los deseos de esos embriones de «apunte.» El niño apuesta de nuevo y vuelve á sacar un número bajo, con lo

cual el deseo vago de sacar el 24, se ha convertido en una especie de necesidad y de exigencia, tanto más cuanto que es tan fácil que la aguja se pare en ese número como en cualquiera otro; juega de nuevo y con la misma suerte, y no se separa del barquillero carcamán sin que el papá le ofrezca probar la suerte al día siguiente. Y cuando un niño logra acertar al 24, adquiere la convicción de que nació con buena suerte, y nada le inquietará más, ningún otro juego le será mas grato, que aquél en que con un centavo puede darse un hartazgo de barquillos, convidar á sus amigos y figurar por añadidura como el campeón de aquel juego productivo. Quiere decir que el niño hace en miniatura con los barquillos, lo que los jugadores ejecutan tratándose de monedas. La misma sucesión de ideas, las mismas impresiones, la misma lógica, la misma tentación, el mismo orgullo al ganar, la misma desazón al perder, el mismo empeño en dominar la suerte, la misma esperanza de acertar al premio gordo, la pasión del juego, en suma,

enseñada por el sistema objetivo, tan en boga entre los pedagogos y cuyos resultados son tan prácticos y tan palpables.

¡Pobres niños, que nacen en una época de sistemas de educación tan deslumbradores, que impiden á las autoridades y á los papás, comprender que hoy se les enseña á los niños, entre otros primores, la pasión del juego por vía de asueto y recreación.

Me sospecho estar en minoría; pero me sujeto á ella con orgullo, desde que la última innovación en los sistemas de enseñanza, trae la tendencia de emprender la educación del niño en la edad mas tierna posible, para plantar desde las primeras marcas en el desarrollo de la inteligencia, de tal manera, que no haya necesidad mas tarde que retroceder para borrar defectos por medio de castigos y de correctivos en muchos casos ineficaces por tardíos.

Pues bien, si está probado que el trabajo educador es mas fructuoso cuando se apodera por completo de todas las facultades y de todas las acciones del niño, para diri-

girlo con seguridad al ideal que se busca, es claro que ninguno de los actos de la vida del niño se ejecuta sin dejar huella, rastro ó consecuencia en la parte intelectual y moral del educando.

El hecho solo, tan generalizado y tan inocentemente ejecutado, de dar dinero á un niño, es y ha sido siempre para mí un error crasísimo de educación, amparado por una ternura maternal tan mal entendida cuanto funesta.

Dada la manera de ser de las sociedades humanas, debemos convenir en que la satisfacción de todas sus necesidades, desde las mas apremiantes hasta las mas superfluas, tienen por precio el dinero; y que por lo tanto á la adquisición de este medio práctico, sin equivalente posible, se dirigen todas las aspiraciones, todos los esfuerzos y todos los sacrificios imaginables; que dejando aparte, y sin menoscabar su nobleza, al desinterés, al voto de pobreza y al desprecio de los bienes de este mundo, desde la mendicidad hasta la opulencia, el hombre

liga casi todos los actos de su actividad, de su trabajo y de su poder á la adquisición del dinero. En este mar revuelto de aspirantes, surgen el avaro, el ambicioso, el mezquino, el pródigo, el económico, el afortunado y el mendigo; y entre tanto el mundo es y seguirá siendo patrimonio de los ricos, quiere decir, de los que han sabido comprender mejor, el valor del dinero. Ya se verá por lo mismo que el comprender semejante cosa tiene más importancia de la que parece tener á primera vista. Enseñad á vuestro hijo á conocer el valor del dinero, y lo enseñareis á ser rico; pero si en virtud de una vanidad eminentemente mexicana, le enseñais á despreciar el vil metal, dándoselo sin dificultad cada vez que lo pida, estad seguro de que morirá pobre ó se expondrá á adquirir el dinero por medios reprobados.

El pequeño comprador de barquillos está pues aprendiendo por medio del sistema objetivo de enseñanza, primero, á usar del dinero desconociendo su valor y los medios

de adquirirlo legalmente, y segundo está probando ya en la pequeña roleta, esa fluctuación funesta entre lo amargo y lo dulce, que engendra en el alma la pasión del juego. Cuando estos dos gérmenes prenden en el tierno corazón del niño, como toda semilla en terreno fértil, dará frutos mas tarde, frutos cuyo desarrollo y madurez no bastará á impedir, en la mayoría de los casos, ni la instrucción ni la moral.

¿Por qué será que el comercio, la industria, las empresas y la riqueza pública están representados en México casi exclusivamente por extranjeros quedándonos á los mexicanos ilustrados las carreras, los empleos, la política y la milicia, y á los menesterosos el jornal, la servidumbre, la sociedad de meseros, los pescantes de los carruajes, el cargar á lomo como las bestias, y todos los demás oficios bajos?

Es porque en la primera educación, que es la que ha formado nuestro carácter nacional, no se ha cuidado de suprimir ciertos detalles que nos han parecido tan insignificantes como la roleta de los barquillos.

